

PERSONAS.

CLAUDIO, Rey
GERTRUDIS, Reina } *de Dinamarca.*
HAMLET, Príncipe }
FORTIMBRÁS, Príncipe de Noruega.
La sombra del Rey HAMLET.
POLONIO, Sumiller de Corps.
OFELIA, hija } *de Polonio.*
LAERTES, hijo }
HORACIO, amigo de Hamlet.
VOLTIMAN
CORNELIO } *Cortesianos.*
RICARDO }
GUILLERMO }
ENRIQUE }
MARCELO } *Soldados.*
BERNARDO }
FRANCISCO }
REYNALDO, criado de Polonio.
DOS EMBAJADORES de Inglaterra.
UN CURA.
UN CABALLERO.
UN CAPITAN.
UN GUARDIA.
UN CRIADO.
DOS MARINEROS.
DOS SEPULTUREROS.
CUATRO CÓMICOS.

Acompañamiento de Grandes, Caballeros, Damas, Soldados,
Curas, Cómicos, Criados, &c.

*La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingór,
en sus cercanías, y en las fronteras de Dinamarca.*

HAMLET. ⁽¹⁾

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

*Esplanada delante del palacio real de Elsingór.
Noche oscura.*

FRANCISCO. BERNARDO.

(Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando hácia él. Estos personajes y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.)

BERNARDO.

¿QUIÉN está ahí?

FRANCISCO.

No: respóndame él á mí. Deténgase y diga
quién es.

BERNARDO.

Viva el Rey.

FRANCISCO.

¿Es Bernardo?

HAMLET.

El mismo.

BERNARDO.

FRANCISCO.

Tú eres el mas puntual en venir á la hora.

BERNARDO.

Las doce han dado ya: bien puedes ir á recogerte.

FRANCISCO.

Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frio que penetra, y yo estoy delicado del pecho.

BERNARDO.

¿Has hecho tu guardia tranquilamente?

FRANCISCO.

Ni un raton se ha movido. (2)

BERNARDO.

Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que vengan presto.

FRANCISCO.

Me parece que los oigo. Alto ahí. ¡Eh! ¿Quién va?

ESCENA II.

HORACIO. MARCELO Y DICHOS.

HORACIO.

Amigos de este pais.

MARCELO.

Y fieles vasallos del Rey de Dinamarca.

FRANCISCO.

Buenas noches.

MARCELO.

¡Oh honrado soldado! Pásalo bien. ¿Quién te relevó de la centinela?

FRANCISCO.

Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.

(Vase Francisco: Marcelo y Horacio se acercan adonde está Bernardo haciendo centinela.)

MARCELO.

¡Hola, Bernardo!

BERNARDO.

¿Quién está ahí? ¿Es Horacio?

HORACIO.

Un pedazo de él.

BERNARDO.

Bien venido, Horacio: Marcelo, bien venido.

MARCELO.

¿Y qué, se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?

BERNARDO.

Yo nada he visto.

MARCELO.

Horacio dice que es aprension nuestra, y nada quiere creer de cuanto le he dicho acerca de esa espantosa fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga á la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el aparecido, pueda dar crédito á nuestros ojos, y le hable si quiere.

HORACIO.

¡Qué! No, no vendrá.

BERNARDO.

Sentémonos un rato, y deja que asaltemos de

nuevo tus oídos con el suceso que tanto repugnan oír, y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

HORACIO.

Muy bien: sentémonos, y oigamos lo que Bernardo nos cuente. *(Séntanse los tres.)*

BERNARDO.

La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo habia hecho ya su carrera para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece, Marcelo y yo, á tiempo que el reloj daba la una.....

MARCELO.

Chit. Calla: mírale ⁽³⁾ por donde viene otra vez.

(Se aparece á un extremo del teatro la sombra del Rey Hamlet armado de todas armas, con manto real, yelmo en la cabeza, y la visera alzada. Los soldados y Horacio se levantan despavoridos.)

BERNARDO.

Con la misma figura que tenia el difunto Rey.

MARCELO.

Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

BERNARDO.

¿No se parece todo al Rey? Mirale, Horacio.

HORACIO.

Muy parecido es. . . . Su vista me conturba con miedo y asombro.

BERNARDO.

Querrá que le hablen.

MARCELO.

Háblale, Horacio.

HORACIO.

(Horacio se encamina hácia donde está la sombra.)

¿Quién eres tú, que así usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un día la magestad del soberano dinamarqués que yace en el sepulcro? Habla: por el cielo te lo pido. *(Vase la sombra á paso lento.)*

MARCELO.

Parece que está irritado.

BERNARDO.

¿Ves? Se va como despreciándonos.

HORACIO.

Detente, habla. Yo te lo mando, habla.

MARCELO.

Ya se fue. No quiere respondernos.

BERNARDO.

¿Qué tal, Horacio? Tú tiemblas y has perdido el color. ¿No es esto algo mas que aprension? ¿Qué te parece?

HORACIO.

Por Dios que nunca lo hubiera creído sin la sensible y cierta demostracion de mis propios ojos.

MARCELO.

¿No es enteramente parecido al Rey?

HORACIO.

Como tú á ti mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso Rey de Noruega, y así le vi arrugar ceñudo la frente cuando en una altercacion colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe. . . . ¡Extraña aparicion es esta!

MARCELO.

Pues de esa manera, y á esta misma hora de

la noche, se ha paseado dos veces con ademan guerrero delante de nuestra guardia.

HORACIO.

Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna extraordinaria mudanza á nuestra nacion.

MARCELO.

Ahora bien, sentémonos (*Siéntanse.*): y decidme, cualquiera de vosotros que lo sepa, ¿por qué fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Para qué es esta fundicion de cañones de bronce y este acopio extrangero de máquinas de guerra? ¿A qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados á un afan molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches á los dias? ¿Quién de vosotros podrá decírmelo?

HORACIO.

Yo te lo diré, ó á lo menos los rumores que sobre esto corren. Nuestro (4) último Rey (cuya imagen acaba de aparecérsenos) fue provocado á combate, como ya sabeis, por Fortimbrás (5), de

Noruega, estimulado éste de la mas orgullosa emulacion. En aquel desafio, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató á Fortimbrás, el cual por un contrato sellado y ratificado segun el fuero de las armas, cedia al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos países que estaban bajo su dominio. Nuestro Rey se obligó tambien á cederle una porcion equivalente, que hubiera pasado á manos de Fortimbrás, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el joven Fortimbrás, de un caracter fogoso, falto de experiencia y lleno de presuncion, ha ido recogiendo de aqui y de alli por las fronteras de Noruega una turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de comer determina á intentar empresas que piden valor; y segun claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados países que perdió su padre. Este es, en mi dictamen, el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitacion y movimiento en que toda la nacion está.

BERNARDO.

Si no es esa, yo no alcanzo cuál puede ser....
Y en parte lo confirma la vision espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto con la figura misma del Rey que fue y es todavía el autor de estas guerras.

HORACIO.

Es por cierto una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época ⁽⁶⁾ mas gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso Cesar cayese, quedaron vacíos los sepulcros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos, y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro pais y á nuestra gente..... Pero..... silencio..... ¿Veis?.... Allí..... Otra vez vuelve..... *(Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres y echan mano á las lanzas. Horacio se encamina hácia la sombra,*

y los otros dos siguen detras.) Aunque el terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro. Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puedes recibir algun beneficio para tu descanso y mi perdon, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu pais, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ¡ay! habla..... O si acaso durante tu vida acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros, por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, despues de la muerte vagais inquietos, decláralo..... Detente y habla..... Marcelo, detenlé.....

(Canta un gallo á lo lejos, y empieza á retirarse la sombra: los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra los evita y desaparece con prontitud.)

MARCELO.

¿Le daré con mi lanza?

HORACIO.

Sí, hiérele, si no quiere detenerse.

BERNARDO.

Aqui está.

HORACIO.

Aqui.

MARCELO.

Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, según parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

BERNARDO.

Él iba ya á hablar cuando el gallo cantó. (7)

HORACIO.

Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oído decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al Dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinión.

(Empieza á iluminarse lentamente el teatro.)

MARCELO.

En efecto desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y

que entonces ningún espíritu se atreve á salir de su morada: las noches son saludables, ningún planeta influye siniestramente, ningún maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: ¡tan sagrados son y tan felices aquellos días!

HORACIO.

Yo también lo tengo entendido así, y en parte lo creo. Pero ved como ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy de opinión que digamos al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche: porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia, indispensable en nuestro zelo y tan propia de nuestra obligación?

MARCELO.

Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en dónde le hallaremos esta mañana con mas seguridad.